

A SPIRIT ANIMAS™

LIBRO I

INDOMABLES



BRANDON MULL

www.

literaturasm
.com



Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Xohana Bastida
Traducción: Paco Vara

La publicación de este libro se ha negociado a través
de la agencia literaria Ute Körner, S.L.U., Barcelona.
www.uklitag.com

Todos los derechos reservados.
Publicado por acuerdo con Scholastic Inc.,
557 Broadway, Nueva York, NY 10012, EEUU.
SCHOLASTIC, SPIRIT ANIMALS y los logos asociados
son marcas y/o marcas registradas propiedad de Scholastic Inc.

© Scholastic Inc., 2013
© Ediciones SM, 2014
Impresores, 2
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323
Fax: 902 241 222
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para Sadie,
a quien tanto le gustan
los animales.*

*Y para Fluffy, Buffy y Mango,
que son animales.*

B. M.



Ártica

EURA

Trunswick

Castillo
de Puertoverde

Okaihee

Concorba

AMAYA



ERDAS





BRIGGAN

Si le hubieran dado a escoger, Conor no se habría pasado aquella mañana ayudando a Devin Trunswick a vestirse. Al fin y al cabo, era el cumpleaños más importante de su vida. Para ser sincero, jamás se habría ofrecido voluntario para ayudar a Devin Trunswick a hacer nada.

Pero Devin era el hijo mayor de Eric, conde de Trunswick, y Conor era el tercer hijo de Fenray, pastor de ovejas. Fenray había contraído deudas con el conde, y Conor contribuía a saldarlas sirviendo a Devin. El arreglo había comenzado hacía más de un año y aún debía durar dos más.

Conor tenía que abrochar correctamente todas las hebillas de la espalda del tabardo de Devin; de lo contrario, los pliegues caerían torcidos y tendría bronca para varias semanas. La lujosa tela era más decorativa que práctica, y Conor sabía que, si lo pillaba una tormenta, Devin preferiría una vestimenta más sencilla. Una chaqueta sin hebillas, una prenda que lo abrigase de verdad.

—¿Has acabado ya de trastear ahí atrás? —preguntó Devin exasperado.

–Siento el retraso, mi señor –replicó Conor–. Es que son cuarenta y ocho hebillas. Ya llevo cuarenta.

–¿Y cuántos días más vas a tardar? ¡Me voy a morir de viejo! No te estarás inventando los números, ¿verdad?

Conor se mordió la lengua: se había criado contando ovejas, y seguramente sabía más de números que Devin. Pero no merecía la pena faltar al respeto a un noble: causaba demasiados problemas. A veces, Devin parecía tentarlo deliberadamente.

–Creo que mis cálculos son correctos, señor.

La puerta se abrió de repente y Dawson, el hermano menor de Devin, irrumpió en la habitación.

–¿Aún no estás vestido? –exclamó.

–A mí no me echas la culpa –protestó Devin–. Es Conor, que está dormido.

Conor se limitó a enarcar las cejas. Cuanto antes acabase con las hebillas, antes podría arreglarse.

–¿Pero cómo ha podido dormirse Conor? –dijo Dawson con una risita tonta–. ¡Con lo interesante que es todo lo que dices, hermano!

Conor contuvo una sonrisa: Dawson no callaba jamás. Normalmente era bastante pesado, pero a veces resultaba gracioso.

–¿Aún no has acabado? –se quejó Devin–. ¿Se puede saber cuántas te quedan?

–Cinco –contestó Conor, resistiendo la tentación de contestar que aún faltaba una docena.

–¿Tú crees que convocarás un espíritu animal, Devin? –preguntó Dawson.

–No veo por qué no. El abuelo consiguió una mangosta. Padre hizo aparecer un lince.

Aquel día se celebraba la ceremonia del Néctar en Trunswick. En menos de una hora, los lugareños que cumpliesen once años ese mes tratarían de convocar un espíritu animal.

Como todo el mundo sabía, ciertas familias forjaban vínculos animales con más facilidad que otras; pero aun así, convocar un espíritu animal jamás estaba garantizado. Aquel mes solo tres chicos beberían el Néctar, y lo más probable era que ninguno tuviese éxito. Desde luego, no era aconsejable jactarse de ello de antemano.

–¿Qué animal crees que obtendrás? –preguntó Dawson.

–¿Yo qué sé? ¿A ti qué te parece?

–Yo creo que convocarás una ardilla –se rio Dawson.

Devin se abalanzó sobre su hermano y este echó a correr soltando risitas. Devin tardó poco en derribarlo e inmovilizarlo.

–Pues yo creo que me vendrá un oso –gruñó Devin–. O un lince, como a padre. Lo primero que haré será pedirle que te dé una buena tunda.

Conor se armó de paciencia: no le correspondía intervenir.

–¿Y si no consigues nada? –replicó Dawson con valentía.

–Entonces no seré más que el conde de Trunswick... y tu señor.

–No si te mueres antes que padre.

–Yo que tú me andaría con cuidado, segundón.

–¿Sabes qué? ¡Me alegro de no ser tú!

Devin retorció la nariz de su hermano hasta que este gritó, y luego se puso en pie y se alisó las calzas.

–Al menos yo no tengo la nariz dolorida –se burló.

–Conor beberá el Néctar también. ¿Y si es él quien consigue un espíritu animal?

Conor deseó volverse invisible. ¿Deseaba convocar un espíritu animal? ¡Pues claro! ¿Y quién no? Todos los que bebían el Néctar lo esperaban. En su familia nadie lo había conseguido desde un tío tatarabuelo, o algo así. ¿Pero por qué no iba a hacerse ilusiones?

–Sí, ya –se burló Devin–. Y seguro que la hija del herrero convoca otro.

–Nunca se sabe –replicó Dawson sentándose y frotándose la nariz–. Conor, ¿qué te gustaría convocar?

Conor miró al suelo. Un noble le había hecho una pregunta directa, así que debía responder.

–Siempre me he llevado bien con los perros. Creo que un perro pastor estaría bien.

–¡Menuda imaginación! –se burló Devin con una risotada–. El pastor de ovejas sueña con convocar un perro ovejero.

–Pues a mí me parece que un perro sería divertido –aprobó Dawson.

–Y vulgar –remachó Devin–. ¿Cuántos perros tenéis, Conor?

–¿Mi familia? Diez, la última vez que los conté.

–¿Cuánto hace que no ves a tu familia? –preguntó Dawson. Conor hizo un esfuerzo por controlar el temblor de su voz.

–Más de medio año.

–¿Estarán hoy?

–Eso espero... Depende de lo ocupados que estén.

En caso de que no pudieran llegar, Conor no quería que pareciese que le importaba.

–Ya veremos –dijo Devin–. A ver, ¿cuántas hebillas te quedan?

–Tres.

–Apura, ¿quieres?, que se nos hace tarde.



En la plaza se había reunido un gentío impresionante. No todos los días el hijo de un gran noble trataba de convocar un espíritu animal, de modo que se habían congregado para la ocasión plebeyos y nobles de todas las edades. Los músicos tocaban, los soldados desfilaban y un mercachifle vendía nueces garrapiñadas y otras golosinas. A un lado de la plaza se había erigido una tribuna para el conde y su familia.

A Conor le dio la impresión de que se había declarado un día de fiesta. Un día festivo para todos... salvo para él. La mañana era fresca y despejada. Los verdes cerros por donde Conor habría preferido estar vagabundeando se elevaban a lo lejos, tras los tejados grises y las chimeneas de Trunswick.

Aunque no era la primera vez que Conor asistía a una ceremonia del Néctar, jamás había visto que acudiera un espíritu animal. Algunos de los aspirantes que habían bebido el Néctar en aquella plaza lo habían conseguido, pero Conor nunca había estado allí para verlo. Las ceremonias que había presenciado eran mucho menos solemnes que aquella. Ninguna había tenido tanto público, y a ninguna habían llevado tantos animales.

La gente creía que la presencia de una gran cantidad de bestias atraía a los espíritus animales. Si era verdad, Devin tenía suerte de que le hubiera tocado participar en la ceremonia junto a Devin. No solo había en la plaza muchos animales domésticos, sino que también se veían aves de exótico plumaje, un corral con ciervos y alces, varios gatos monteses enjaulados, un trío de tejones en un pequeño redil y un oso negro encadenado a un poste. Había incluso una bestia de la que Conor solo había oído hablar en los cuentos: un gran camello con dos jibas peludas.

Caminó hacia el centro de la plaza, incómodo por las miradas curiosas de la gente. No sabía muy bien qué hacer con las manos. ¿Cruzaba los brazos o los dejaba caer a los lados? Echó un vistazo a la muchedumbre, recordándose a sí mismo que la mayoría de los ojos estaban fijos en Devin.

De pronto vio que alguien le hacía señas con la mano. ¡Era su madre! Sus hermanos mayores estaban junto a ella, y también su padre. Hasta habían llevado a Soldado, el perro favorito de Conor.

¡Habían conseguido ir! Verlos le alivió un poco el miedo y le hizo sentir nostalgia de su hogar. Prados, riachuelos, arboledas... Mientras vivía allí tenía que trabajar duro, pero al menos pasaba el día al aire libre, haciendo cosas que le gustaban: cortar madera, esquilan ovejas, dar de comer a los perros... Su casa era pequeña pero cómoda, muy distinta del frío castillo del conde. Conor suspiró y devolvió el saludo.

El futuro conde de Trunswick caminó hasta llegar a un banco situado casi en el centro de la plaza, y Conor lo siguió. Abby, la hija del herrero, los aguardaba sentada, muy quieta y con aspecto abrumado. Aunque estaba claro que se había puesto sus mejores ropajes, su atuendo resultaba de una pobreza ridícula comparado con cualquiera de los trajes de la esposa o la hija del conde. Conor comprendió que él también debía de tener un aspecto muy soso al lado de Devin.

Dos miembros de la orden de los capas verdes los esperaban de pie delante del banco. Conor reconoció a la mujer, Isilla, con su pelo gris recogido en una red sobre su pálido rostro. Frida, su jilguero, reposaba sobre uno de sus hombros. Isilla solía ocuparse de aquellas ceremonias, y había ofrecido el Néctar a los dos hermanos de Conor antes que a él.

El otro capa verde era un forastero alto y flaco, de anchos hombros y facciones tan castigadas como su capa. Su piel era más bien oscura, como si procediera del nordeste de Nilo o del sudoeste de Zhong; no era corriente ver a personas así en plena Eura. Su animal no estaba a la vista, pero Conor vislumbró un tatuaje que serpenteaba bajo una de sus mangas. La visión le intrigó: aquello significaba que el espíritu animal del desconocido estaba aletargado en forma de dibujo sobre su brazo.

Abby se levantó e hizo una reverencia cuando Devin se aproximó al banco. El muchacho se sentó e hizo una seña para que Conor y Abby hicieran lo mismo.

Isilla alzó las manos para silenciar al gentío, y el forastero se apartó para otorgarle a ella todo el protagonismo. Conor se preguntó por qué habría acudido aquel hombre, y concluyó que debía de tratarse de una deferencia más debida a la alta alcurnia de Devin.

–¡Escuchad, buenas gentes de Trunswick! –comenzó a declamar Isilla con voz potente–. Ante los ojos de hombres y bestias, nos congregamos hoy aquí para participar en el rito más sagrado de Erdas. Cuando humano y animal se aúnan como semejantes, su grandeza se multiplica. Hemos venido a comprobar si el Néctar revelará tal grandeza en alguno de estos tres candidatos: Devin de Trunswick; Abby, hija de Grall, y Conor, hijo de Fenray.

Los vítores que siguieron a la mención de Devin casi ocultaron los otros dos nombres. Conor trató de permanecer impasible: si se quedaba muy quieto y conservaba la calma, pronto acabaría todo. Devin bebería el Néctar el primero, por supuesto. Existía la creencia generalizada de que el primero en participar en la ceremonia tenía más posibilidades de convocar un espíritu animal.

Isilla se inclinó para alcanzar una frasca recubierta de cuero labrado. Tras mostrar el envase a la concurrencia, lo destapó con un gesto teatral.

–Devin Trunswick, adelántate.

La muchedumbre silbó y aplaudió mientras Devin se aproximaba a Isilla, y guardó silencio cuando esta se llevó un dedo a los labios. Devin se arrodilló ante ella, una imagen que Conor raramente veía: normalmente, los nobles euranos solo se humillaban ante nobles euranos de mayor rango. En cuanto a los capas verdes, no se arrodillaban ante nadie.

–¡Recibe el Néctar de Ninani! –tronó Isilla.

Conor no pudo evitar entusiasmarse cuando el frasco se inclinó hacia los labios de Devin. ¡Podía ser la primera vez

que viese aparecer un espíritu animal proveniente de lo desconocido! Con tantos animales presentes, ¿cómo podía fracasar el Néctar? Conor se preguntó qué aspecto tendría la bestia.

Devin tragó. Isilla se apartó. Un profundo silencio cayó sobre la plaza. Con los ojos cerrados, Devin alzó el rostro hacia el cielo. Pasó un momento. Alguien tosió. Perplejo, Devin miró a su alrededor.

Conor había oído que, si el espíritu animal acudía, lo hacía nada más probar el Néctar. Devin se levantó y miró en derredor. No había signos de nada extraordinario. La gente comenzó a murmurar.

Isilla vaciló y se giró hacia la tribuna. Conor siguió su mirada: el conde, acompañado de su lince, observaba la escena con expresión sombría. Aunque en su día había convocado un espíritu animal, había preferido no entrar en la orden de los capas verdes.

Isilla volvió la vista al capa verde desconocido y este asintió levemente con la cabeza.

–Gracias, Devin –dijo Isilla–. Abby, hija de Grall, adelántate.

Devin estaba demudado. Aunque su mirada no expresaba nada, su postura dejaba traslucir su humillación. Lanzó una mirada furtiva a su padre y luego agachó la cabeza. Cuando volvió a alzarla, su mirada se había endurecido y su bochorno se había transformado en furia. Conor apartó la vista: sería mejor no llamar la atención de Devin durante un tiempo.

Abby bebió y, como Conor esperaba, no pasó nada. La chica regresó al banco.

–Conor, hijo de Fenray: adelántate.

Al oír su nombre, Conor se puso nervioso. Si Devin había fallado al convocar un animal, dudaba que él tuviera ninguna oportunidad. Aun así, podía pasar cualquier cosa. Se puso en pie, sintiendo el peso de cientos de miradas fijas en él, y trató

de ignorar a la muchedumbre concentrándose en Isilla. La táctica solo le sirvió a medias.

En todo caso, sería interesante descubrir a qué sabía el Néctar. Su hermano mayor lo había comparado con leche fermentada de cabra, aunque Conor no acababa de creerle porque a Wallace le gustaba gastar bromas. Su otro hermano, Garrin, lo había equiparado con el sabor de la sidra. Conor se relamió. Fuera cual fuera el sabor, probar el Néctar señalaría oficialmente el final de su infancia.

Se arrodilló ante Isilla y la ella lo observó, con una extraña sonrisa y un destello de curiosidad en los ojos. ¿Habría mirado igual a los otros?

–¡Recibe el Néctar de Ninani!

Conor apoyó los labios en la boca de la frasca. El Néctar era denso como el jarabe y dulce como la fruta confitada. Una vez estuvo en su boca, su consistencia se volvió más fluida. Tragó. ¡Estaba riquísimo! Era lo más delicioso que había saboreado jamás.

Isilla retiró el frasco antes de que pudiera dar otro sorbo: nadie podía beber más de un trago del Néctar. Mientras Conor se erguía para regresar al banco, una quemazón no del todo desagradable se le extendió por el pecho.

Los animales empezaron a hacer ruido: piaban, maullaban, rugían, bramaban, bufaban... El cielo se oscureció como si una nube hubiese ocultado repentinamente el sol, y un destello atravesó la negrura; parecía un relámpago, pero mucho más cercano que cualquier otro que Conor hubiese visto. Había pasado incluso más cerca que el que incendió un árbol en la cresta de una colina a la que Conor estaba ascendiendo, años atrás.

La gente murmuraba con desazón. Conor parpadeó deslumbrado, notando cómo el hormigueo se le extendía desde el pecho a las extremidades. A pesar de lo singular del momento, sentía una extraña alegría.

Y entonces descubrió al lobo.

Como cualquier pastor de la región, Conor se las había visto con aquellas bestias. Los lobos habían robado muchas de sus ovejas, e incluso habían matado a tres de sus perros favoritos. Si su padre se había endeudado con el conde era, en gran medida, por el ganado que había perdido en las fauces de aquellos predadores. Y por supuesto, estaba aquella noche, dos años antes, en la que Conor y sus hermanos se habían enfrentado a una audaz manada que había tratado de robarles las ovejas mientras las apacentaban en los prados de montaña.

Ahora, el lobo más grande que había visto nunca estaba ante él, con la cabeza bien alta. Era una criatura notable: esbelta y bien alimentada, con un tupido pelaje jaspeado de gris y blanco. Conor examinó sus grandes zarpas, sus afilados dientes y sus ojos de un azul intenso.

¿Ojos... azules?

En toda la historia de Erdas, tan solo había existido un lobo con los ojos de ese color.

Conor miró el estandarte eurano que adornaba la tribuna del conde. El lobo Briggan, bestia patrona de Eura, estaba representado en el centro, sobre un escudo tan azul como los iris de sus ojos.

El lobo se aproximó a Conor con calma, se detuvo ante él y se sentó como un perro bien entrenado. Su cabeza llegaba muy por encima de la cintura de Conor. El muchacho resistió el impulso de echar a correr. En otras circunstancias habría huido de aquel animal, o habría tratado de espantarlo con gritos, piedras y golpes de cayado. Pero aquello no era un encuentro casual en el campo. Conor seguía notando la vibración que le recorría de la cabeza a los pies. Cientos de personas los miraban. ¡El lobo había surgido de la nada!

El animal lo observó con aire confiado. Aunque enorme y fiero, parecía controlarse muy bien. A Conor le asombró

que un predador como aquel le mostrase tanto respeto; sus ojos azules expresaban una inteligencia mucho mayor que la que podía poseer un animal corriente. El lobo esperaba algo.

Conor alargó la mano, como habría hecho con sus perros pastores. Una lengua cálida y rosada le acarició la palma. El contacto fue como una descarga eléctrica, y el hormigueo cesó inmediatamente.

Por un instante, Conor sintió un coraje, una claridad y un estado de alerta como jamás había conocido. Olió al lobo con sentidos repentinamente agudizados, y supo que era un macho y que lo consideraba su igual.

El extraño momento de percepción terminó con la misma rapidez con que había empezado.

Absurdamente, fue la expresión de Devin Trunswick lo que le hizo comprender a Conor lo que había sucedido. Jamás lo habían mirado con tanta ira contenida, con tanta envidia. ¡Había convocado un espíritu animal!

Y no un espíritu animal cualquiera, sino un lobo. ¡Nadie convocaba lobos! El lobo Briggan había sido una de las Grandes Bestias, y los espíritus animales nunca eran de la misma especie que las Grandes Bestias. Todo el mundo lo sabía. Aquello no sucedía y punto.

Y sin embargo, había sucedido. Innegablemente, inexplicablemente, había sucedido. Un lobo adulto había lamido la mano de Conor. Un lobo de ojos azules.

La multitud guardaba silencio, pasmada. El conde se inclinaba hacia delante, atento a la escena. A su lado, Dawson tenía la boca abierta en una sonrisa de asombro, mientras que Devin se enfurecía por momentos.

El desconocido de la capa verde se acercó y tomó la mano de Conor.

–Soy Tarik –dijo en voz baja–. He venido de muy lejos para encontrarte. Quédate cerca de mí y no dejaré que te ocurra

mal alguno. No te presionaré para que te unas a nosotros hasta que no estés listo, pero debes escucharme. Mucho depende de ti.

Conor asintió, atontado. Aquello era demasiado para asimilarlo tan deprisa.

El capa verde extranjero alzó la mano de Conor y habló con voz potente:

–¡Buenas gentes de Trunswick! ¡La noticia de este día resonará por toda Erdas! ¡En nuestra hora de necesidad, Briggan ha regresado!

URAZA

Abeke acechaba entre la maleza, moviéndose con paso lento pero constante. Pisaba cuidadosamente, como su padre le había enseñado. Un movimiento o un ruido repentinos harían huir a su presa. Y si esta escapaba, no tendría tiempo para aproximarse a otra.

El antílope bajó la cabeza para mordisquear la hierba. Era un ejemplar joven, pero Abeke sabía que podía correr mucho más rápido que ella. Si no aprovechaba aquella oportunidad, regresaría con las manos vacías.

Se detuvo y colocó una flecha en la cuerda del arco. Al tensarlo, el arco crujió y el antílope levantó la vista. La flecha voló certera, se clavó en su costado y le atravesó el corazón y los pulmones. El antílope se tambaleó brevemente antes de desplomarse.

Aquella pieza sería importante para su aldea. La sequía había provocado escasez de alimentos, y dado que no mostraba signos de remitir, cada bocado era esencial. Abeke se arrodilló ante la bestia caída y habló en voz baja.

–Siento arrebatarte la vida, amigo. Nuestra aldea necesita tu carne. Me acerqué y disparé certeramente para que no sufieras. Por favor, perdóname.

Miró el cielo despejado: el sol estaba más alto de lo que esperaba. ¿Cuánto tiempo había pasado acechando a su presa? Afortunadamente, había cobrado una pieza fácil de acarrear. Se cargó el antílope sobre los hombros y emprendió el camino de vuelta.

El sol resplandecía sobre la planicie requemada. La vegetación estaba seca y quebradiza; los arbustos, marchitos y sedientos. Unos cuantos baobabs solitarios se alzaban en la distancia, borrosos por el calor del aire.

Abeke caminaba con los ojos y los oídos bien abiertos. Las personas no solían ser presas habituales de los grandes felinos, pero eso podía cambiar ante la escasez de alimento. Y los grandes felinos no eran los únicos animales peligrosos que rondaban por la sabana niloana. Cualquiera que se aventurase más allá de la empalizada de la aldea corría peligro.

Cuanto más andaba Abeke, más parecía pesar el antílope. Pero era una muchacha alta y fuerte para su edad, y siempre le había entusiasmado mostrar sus piezas a su padre. Trató de ignorar el ardiente sol. En su pueblo solían cazar los hombres; las mujeres raramente se aventuraban fuera a solas. ¡Qué sorpresa daría a todo el mundo con aquel antílope! Sería un presente perfecto para la aldea en el día de su undécimo cumpleaños.

Su hermana Soama era más guapa que Abeke, cantaba y bailaba mejor, manejaba bien el telar e incluso era mejor artesana. Pero jamás había cazado nada.

Un año atrás, cuando Soama había cumplido once años, había regalado a la aldea un tapiz de cuentas que representaba unas garzas volando sobre una charca. Muchos habían afirmado que era una obra impresionante para una chica tan joven como ella. ¿Pero podrían comérselo en esta hambruna?